# IDEAS Y FIGURAS

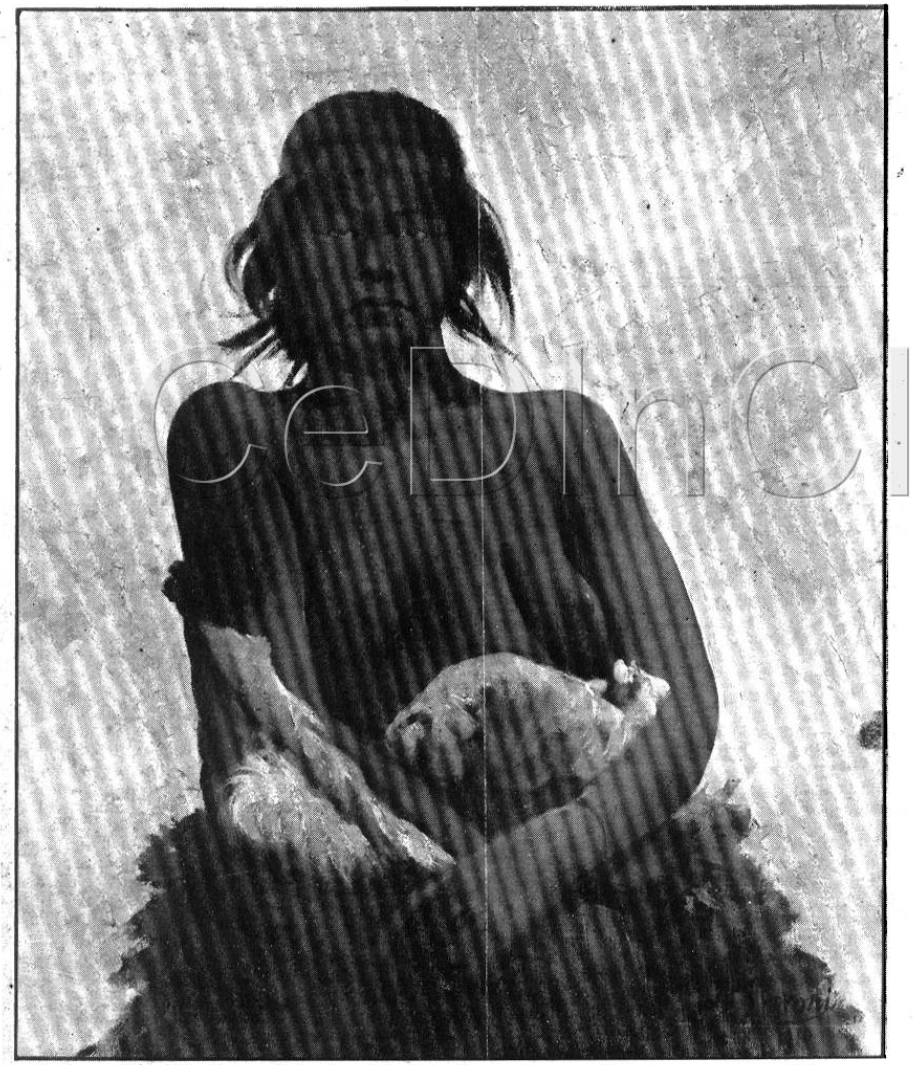
REVISTA SEMANAL DE CRITICA Y ARTE

Oficinas: SARMIENTO 2021

ALBERTO GHIRALDO
DIRECTOR

Año III — BUENOS AIRES, JULIO 25 DE 1911 — Número 54


# EL INDIO ARGENTINO



## POR CONSTANCIO C. VIGIL

*Dibuj. de J. Speroni.*

# Vigil

No pretendo decir en estas líneas escritas con el mejor buen deseo, pero muy de prisa, lo que es Constancio C. Vigil, ni la significación que como publicista puede tener en el periodismo sudamericano; mucho habría que escribir y yo dispongo de pocas cuartillas. Limitaré los vocablos, aun cuando abunde en laudatorios conceptos — que tratándose de quien se trata son los únicos indicados.

Constancio C. Vigil es un esfórzado de las letras y del pensamiento, que dentro de un ambiente adverso como el de Buenos Aires ha luchado con éxito las más de las veces en vastas empresas de muy legítima alcurnia intelectual; y cuando no con éxito, con honra — lo que no siempre puede decirse en este pudridero donde fermentan todas las bajezas y donde los hombres de la entereza de Vigil no se encuentran sino por milagro. — En el Uruguay, de donde es hijo -- para satisfacción y orgullo de sus conciudadanos, que ven en él un ejemplo de energía realzada por la inteligencia — se trazó una ruta: luchar por el bien y no por el exclusivo provecho personal; y siguiendo la ansiada ruta sin vacilaciones, sin claudicaciones y sin malsanos decaimientos, puede decirse que ha llegado á conquistar hoy el logro definitivo de sus propósitos, que son los de un hombre que ha luchado por el bien mismo y que por el bien que ha hecho espiritualmente en cada una de sus acciones y en cada uno de sus escritos es hoy lo que es: el perfecto arquetipo del triunfador que por los medios legítimos ha llegado á consolidar ante el juicio público una personalidad sólida é intachable, que no podrán quebrar ya las desventuras que acechan á todo mortal á lo largo del camino.

Hoy, el apellido de Vigil es un galardón de la prensa rioplatense, que nadie discute en el vecino país oriental y muy pocos pondrán en duda aquí, donde las reputaciones no se logran en un día; y para dar testimonio de esta aseveración — que es más bien la afirmación de uno que está perfectamente convencido de lo que dice — baste saber que Vigil es el fundador y director de «Mundo Argentino,» esa tribuna del periodismo ilustrado que ha venido á romper con los antiguos moldes del magazine insulso, hecho conforme á un patrón invariable, caricaturesco por sus páginas y caricaturizable por su factnra. Vigil, que no pudo imponer «Pulgarcito» á pesar de todo el talento y el esfuerzo que para ello desplegara, ha impuesto en pocos meses, y puede decirse que definitivamente, ese «Mundo Argentino» que es, á la par, un ameno revoltijo de mil encantadoras quisicosas y un exponente de la cultura intelectual y del exquisito gusto artístico del siglo — y especialmente de la era argentina, á cuyas manifestaciones de cultura y de refinamiento contribuye Vigil con todos sus esfuerzos de héroe de la vida y todas sus audacias de capitán de las huestes del progreso.—La jornada, que para otros ha sido larga, para él no, por muchos que hayan sido los obstáculos que ha encontrado; fuerte y con brios, ha sabido y ha querido llegar al fin cuando otros, escépticos ó desilusionados, se han dejado caer sin alientos... Y es que esos no estaban dotados del empuje que en Vigil es ambición de altos fines y deseo de mejoras colectivas, que á todos por igual dé su parte de dicha y bienestar. Y por esto Vigil es, para mí, un hombre al cual puede darse la mano con orgullo, con el convencimiento de que la mano estrechada es la de un honrado todo lealtad y entereza, que ha pasado por las horas malas y las buenas con el mismo espíritu incorruptible, la misma dedicación de infatigable laborioso y el mismo gesto sereno de forjador de ideales.

La vida de Vigil está llena: no hay en ella un espacio en blanco; tampoco un punto obscuro. Se inició en «El Derecho»; fundó «La Alborada», que tuvo una gran difusión en las repúblicas del Plata, alcanzando un brillantísimo nombre por su lectura selecta, firmada por los apellidos más reputados; dirigió «La Prensa», — y todo en breve espacio de años, en el vecino país; — y en Buenos Aires ha escrito en «La Nación», habiendo publicado en sus columnas algunos artículos admirables; y ha fundado y dirigido «Pulgarcito»; «Germinal», que está en su quinto año de vida, y últimamente «Mundo Argentino», con cuya publicación su vida fecundísima de publicista ha culminado, llegando á donde más lejos y más alto puede llegarse en el mundo del papel impreso.

Y ahora, lector, ¿que más puedo decirte de este uruguayo todo corazón que es, á más de lo que ya te he dicho, un defensor de los humildes como hay pocos? No quiero añadir una sílaba más y solo te recomiendo que no pierdas una letra de las páginas que en este número se publican; si las lees conforme á sus merecimientos, encontrarás en ellas mucho del alma del que será tu amigo antes de que llegues al final.

RUY DE LUGO-VIÑA.

**María Clara** por Margarita Audoux — edición española. Precio $ 2.00 m/n
Pídase en las principales librerías. Pedidos por correo, libres de porte á IDEAS Y FIGURAS, Sarmiento 2021. — Buenos Aires.

AÑO III. Buenos Aires, Julio 25 de 1911 Núm. 54

IDEAS Y FIGURAS

REVISTA SEMANAL DE CRITICA Y ARTE

OFICINAS: SARMIENTO 2021

ALBERTO GHIRALDO
DIRECTOR

# El indio argentino

## SU CONDICION ACTUAL Y LOS DEBERES QUE IMPONE

Es un problema de permanente actualidad, de apremiante solución, el que plantea el indio, con su existencia que perdura sobre estas tierras, de las que fué señor. Interesa desde luego al sentimiento; pero es además grande por su significación histórica y sociológica. Deseemos, pues, que él preocupe intensamente á la opinión y al gobierno. Véasele cuanto antes á la luz de la justicia y del patriotismo, y tenga la solución amplia y noble que reclama.

La urgencia es esencial en la cuestión, ya que, sin asentimiento nacional, sin esperar la decisión de la república, los hechos la van resolviendo en forma definitiva. Un poco más de silencio, de expectativa y de vacilación, y ya no habrá cuestión que resolver: ella estará concluida, con el exterminio de los aborígenes. Para esto basta el sistema que implantó la conquista y prevalece todavía, no solamente en la Argentina, sino en casi todos los países donde quedan indios. Quiere el triste destino de esta raza desvalida, que las riquezas de su suelo, sean el instrumento de su suplicio. Si aquí hay obrajes, yerbales é ingenios de azúcar, en las otras regiones existen minas, goma, café... En la «Revista Industrial del Perú», luego de evidenciar la temeraria explotación del indio, dice Alejandro Garland:

«Parece que se hubiera hecho, desde el mismo día en que conquistaron los españoles estas tierras, todo lo posible para destruir esta raza.»

Hablando de los quichuas, escribe Eliseo Reclus:

«La explotación de las minas fué la causa principal de su infortunio, y el recuerdo de esa época dura de trabajos forzados es el que da á los indígenas una sonrisa tan triste, una mirada tan melancólica, cantos tan dolorosos.»

Es la misma sonrisa, la misma mirada de los infelices indios que emplean sus últimas fuerzas en abatir esas inmensas selvas del Chaco y las Misiones, minas á flor de tierra, tesoros amontonados por los siglos, para entregarlos á unos cuantos mercaderes... Cierto que la esclavitud no es

permitida aquí; pero existe, porque el indio que no se somete á ella debe optar entre morir de hambre ó morir porque roba para comer. El blanco se adueña de todo, y para concederle al indio la merced de la vida, le exige que se convierta en su animal doméstico. Por eso, todos los indios son esclavos ó ladrones. Y hombres cultos, prensa culta, se hacen cómplices de la iniquidad, por ignorancia de los hechos; la verdad es motejada de leyenda, la humanidad de sensibilería, y á la sombra de la controversia, la codicia va terminando su obra implacable de exterminio y lucro.

«Acabar con los salvajes es una de las tareas de civilización que debían conmemorar nuestro centenario... Si en la ocupación del Chaco resultara necesario tirotear á los indios, habría que tirotearlos.» Así se ha expresado un diario bonaerense de los que gozan de favor en la opinión...

Tratándose de indios, no se dice «matar» siempre, aunque todo es matanza, y van millones de víctimas; se emplean palabras ligeras ó que velan un tanto la franqueza de la intención. Se dice someter, reducir, redimir, tirotear... Todo es lo mismo. La única redención que en definitiva ha conocido el indio es la muerte.

***

Ahora bien: ¿llega la desgracia del indio actual hasta tal punto que sea imposible su incorporación á nuestro medio civilizado?

Es común la confusión de los elementos aborígenes en una sola masa criminal, sin distinción de razas, tribus ni edades. Difunde tal confusión el interés de los expoliadores.

En las regiones frías, la vida es penosa, el alimento impropio, la necesidad del substento obliga á la matanza continua que endurece el corazón y favorece los sentimientos crueles, la inclinación á las aventuras y las pasiones violentas. Los indios de estas latitudes son moralmente muy inferiores á los que habitan en clima más benigno. Sienten la necesidad de ejercitar su astucia y su fuerza, aman la lucha, son muy carnívoros y voraces, cazan ganado á falta de los animales silvestres que antes abundaban. Son polígamos y borrachos. Así son los araucanos y los techuelches, en su gran mayoría de origen chileno. Aquí en estas regiones se encuentran grupos de costumbres bastante moderadas.

El indio de clima templado ó cálido es muy distinto: es otro tipo: dócil, sobrio, pacífico, en consonancia con la suavidad del clima y la abundancia de frutos que le brinda pródigamente la naturaleza. Todos los misioneros, naturalistas y viajeros concuerdan en esta opinión.

Fray Guido Depedri, prefecto de la misión San Francisco Solano, establecida en Tocaglé, lugar del Pelícano, á 76 leguas, siguiendo el curso del río, de la boca del Pilcomayo, ha expuesto hace pocos años sus opiniones, dignas de ser acogidas con respetuosa consideración, porque vienen de un hombre inteligente, veráz y con gran caudal de observación.

Basta la existencia de estas misiones, en la soledad y entre los salvajes, sin fortines ni soldados, para evidenciar la mansedumbre de los naturales.

«El indio es hoy por hoy—dice fray Depedri—el «mejor» y acaso el «único» elemento posible en la explotación de las riquezas del suelo. Son dóciles y pacientes, soportan gracias á su frugalidad las dificultades de la alimentación escasa, y sobre todo, y á pesar de lo que se diga, son mansos y buenos, susceptibles en alto grado á los beneficios de la civilización... Se acercan á la vida civilizada, les gusta andar vestidos y limpios; lavan su ropa y la cuidan, y en cuanto á moralidad no se les puede reprochar nada grave. Se avienen con alegría al trabajo del hacha y de la azada; construyen ladrillos, tejas y levantan con material sus propias habitaciones. Hay algunos que con práctica suficiente serían muy hábiles en oficios manuales. Los niños concurren á la escuela de la misión con asiduidad y contracción ejemplar; son aplicados y progresan rápidamente.»

He leído y conservo muchas otras opiniones autorizadas; todas son concordantes. Me he acercado á las fronteras de la barbarie, en el Paraguay y en la Argentina, he conocido muchos indios, he recogido impresiones de toda clase de gentes que han vivido y trabajado en obrajes y yerbales. No hay para qué repetir lo que en la anterior transcripción está perfectamente sintetizado. «La fiera» es dócil, paciente, frugal, adquiere fácilmente hábitos de trabajo y fácilmente se adapta á la vida civilizada.

***

Pero, se dirá, si los indios son así, ¿cómo se explican sus robos, sus venganzas y sus borracheras?

¿A quién habrá que pedir cuenta de esto, á los indios, ó á los blancos? ¿Quién inició el despojo, la perfidia y la crueldad? ¿Quién probaría que los bienes naturales son de cualquiera menos de los aborígenes? ¿Quién, llamado á juzgar con conciencia pura y recta, llegaría á otra conclusión que el remordimiento, la inmensa piedad y la certidumbre de que se debe una amplísima reparación, respecto de esa raza infeliz, despojada, hostilizada, esclavizada y perseguida desde hace trescientos años, y que todavía hoy se acerca, sonríe, sirve y beneficia á la «fiera blanca»?

¡La explicación de los malones! Hela aquí expresada con profunda justicia. Apareció en la columna editorial de «La Nación» de Buenos Aires el 1º de Julio de 1907:

«Se ha podido comprobar que los indios fronterizos son en su gran mayoría gente mansa, accesible á los beneficios de la civilización, cuyas rebeldías sólo estallan cuando son provocadas por las exacciones á que se les somete en los obrajes. La historia de los malones se sintetiza en pocas palabras: «Oh, qu'il est mechant ces animal lá!» podríamos repetir para explicarla: «il se dèfend quand on l'attaque»...

Un franciscano, interrogado sobre este punto, contesta textualmente: «¡Ah, señor, es que con los indios se repite la fábula del pintor y del león! No son ellos los que trasmiten los telegramas, y sobre todo no son tampoco propietarios de obrajes ni hacendados. En ninguna misión hay ejemplo de que nunca se hayan producido malones ni insurrecciones... El indio es la presa del egoísmo, se explota su credulidad, se excitan sus instintos hacia la embriaguez y en una forma ó en otra se le arranca el producto de su trabajo, mediante un sistema financiero muy sencillo y eficaz, cuyos resultados son, que cuanto más suda y trabaja, más se endeuda y se exclaviza.»

En la capital del Chaco surgió la iniciativa de una sociedad protectora de los indios. Surgió allí, porque allí se ve y se sabe que «no son ellos los que transmiten los telegramas». Desgraciadamente han pasado tres años y la protección no llega...

En cuanto á la inclinación del indio á la embriaguez... si ella precisa mayor disculpa en un salvaje, considerando lo que ocurre en las sociedades de más alta cultura... y después de leer las estadísticas del consumo de alcohol en Alemania é Inglaterra, por ejemplo... comencemos por preguntar á quienes de tal defecto se lamentan, quién es el que lleva el alcohol á los obrajes y yerbales... ¡Son ellos mismos, los expoliadores!... Y he aquí el motivo, expresado con severa imparcialidad: «Esta tendencia á la embriaguez, que está latente en el indio, es objeto de una odiosa explotación... Los atraen con el olor de la caña y junto con el sentido les substraen el producto íntegro de su trabajo en el año, en una borrachera continua que dura cuanto el dinero.»

Para mayor facilidad, el indio no es pa-

gado en moneda; recibe vales, convertibles en especies, que se le entregan á tasa fabulosa en tiendas ad hoc establecidas por el propio patrón. Y así, después de meses de durísimo trabajo, regresa el pobre indio á la toldería, donde lo esperan su mujer y sus hijos, miserable como cuando salió, debilitado por las privaciones ó consumido por el paludismo... ¿Es esto lo que da la civilización?

¿Tendremos aún la osadía de pedirle cuenta al indio de su miseria y de sus vicios?

Un fraile salesiano que en mayo de 1908 pasó por Montevideo, en viaje á Río de Janeiro, con una banda de música formada por «Bororós boronaos», hacía notar á un periodista la facilidad con que se civilizan los salvajes, y la diferencia entre aquellos indios robustos é inteligentes y los de la Pampa.

«¿Por qué—decía el misionero—se hallan estos últimos degenerados? Porque los civilizados los han hecho maestros en todas las abyecciones y borrachines empedernidos... ¿Y se ha parado ahí la obra de los hombres civilizados? No, ha ido mucho más lejos. Descubrieron que las tierras eran buenas para criar ovejas y emprendieron el desalojo de los indios. La acción del alcohol, aunque eficacísima, era demasiado lenta. Hubo que buscarle un sucedáneo más activo: la caza, y para estimular á los cazadores se pagaba un tanto por cada cabeza de indio. Los indios empezaron á mermar como por encanto»...

Recordemos, de paso, que en la famosa conquista del desierto, se quitaban los hijuelos á las madres para enviarlos á Buenos Aires, donde se repartían como cosas... Fué un sistema; no una excepción. Los rebaños de niños así sacrificados fueron muchos y numerosos; llegaban uno en pos de otro; con breves intermitencias; la gente se disputaba la mercancía; todos pretendían que se les diera un niño, un siervo, un sirviente que no costaba nada; familias hubo que acapararon hasta media docena... ¡Costará encontrar en los tiempos modernos una violación más absoluta de las leyes divinas y morales! Busquemos antes la explicación de estos malones y cautivos, y pasemos después á los malones y cautivos de los indios.

En agosto de 1907 llegó á esta capital un anciano sacerdote, explorador, que hizo toda la campaña del Paraguay: el padre Caraballa: volvía de un cautiverio de largos años entre los tobas. No se lo comieron, ni lo mutilaron. No huyó tampoco: los salvajes le dieron la libertad, y en salud, á pesar de su ancianidad... No sé si los cautivos de los blancos dirían otro tanto... Pudo explicar así el padre Caraballa los motivos que tienen los indios para usar armas. Mostraban — son sus palabras — mucha afición al tiro, porque el cacique les anunciaba que pronto se presentarían «á pelear los blancos para desalojarlos y quitarles la tierra».

***

Quédame por analizar el reproche de receloso y taimado que se dirige al indio, con ironía demasiado cruel.

Bajo la boba malicia de la ignorancia, el indio posee la inocencia del niño, como todo salvaje. Su candidez enorme hace que todavía se aproxime al blanco.... ¡Oh, colmo de inocencia!

A este propósito, recordaré dos anécdotas de un viajero que recientemente atravesó las tolderías de los tobas y matacos, en las proximidades de Río Ancho, afluente del Paraná.

«Una muchacha como de 14 años, bien parecida—dice—insistió para que le diese una pollera punzó. Ella ofrecía, por tan excelente prenda, una tabaquera de buche de avestruz. Ofrecíle en substitución un sombrero, con cintas y moños, y yo mismo se lo coloqué, para que los demás vieran lo bien que le quedaba. La cosa causó hilaridad en los espectadores; pero la muchacha no aceptó el trueque. — Otro indio trajo una fruta de la cual se extrae un líquido de coloración violácea, empleado para teñir la lana y las fibras de caraguatá; la examiné, pregunté su nombre, su utilidad, solicité explicaciones sobre la operación de teñir. Probablemente creyó el dueño de la fruta, juzgando de su importancia por mi interés, que se trataba de alguna maravilla, y pidió en cambio, como una cosa muy natural, la levita de color gris claro. Era una insensatez: así lo comprendieron todos los indios y se echaron á reír á carcajadas.»

El mismo viajero habla de un indio cuya inteligencia y nobleza de carácter lo sorprenden.—«Más que nada lo caracterizaba—agrega—el sentimiento de la delicadeza personal».

Todo esto, hay que considerar en la apreciación moral de los aborígenes, para no continuar como hasta el presente, en complicidad con la expoliación disimulada por la ironía y la impostura.

A la nación Argentina no le arredra el dolor de la verdad, porque sabrá curarlo con la justicia y la clemencia.

***

Para negarle al indio hasta el derecho á la vida, se han buscado y citado á menudo argumentos hasta en la antropognosia. «Por lo demás—dicen—es un hecho histórico que las razas de distinto tronco no se funden, sino que se superponen; así es que todas esas fantasías sobre incorporación del indio á nuestra vida civilizada, son sentimentalismos del absurdo.» (En «El Diario», 1º de julio de 1907.)

Lejos de existir tal hecho histórico, abundan los ejemplos en sentido contrario. La fusión de razas de distinto tronco ha sido sostenida y comprobada por numerosos y eminentes sociólogos y economistas. Me limitaré á citar la opinión de Leroy Beaulieu; es reciente: «En el Perú como en Méjico, los mestizos de indio y blanco son vigorosos, inteligentes. La explotación de los países de los Andes debe quedar confiada á la raza mestiza de indio y blanco, que es «muy capaz» de llevarla á cabo».

Como lo dice el gran sociólogo italiano Napoleón Colajani, «la superioridad de una raza es cosa relativa al momento histórico en que se la considera, y resulta de un conjunto de factores, de circunstancias, «de las cuales tal vez las étnicas son las menos importantes».

En el cómputo de antecedentes sobre este punto, el doctor Luis Pesce llega á la conclusión de que «la corriente moderna de las ideas ha convenido en considerar á las razas hasta hoy llamadas «inferiores», como razas «mal ó insuficientemente preparadas», ó «retardadas» en el camino de la humana evolución.»

En definitiva, no es más que un prejuicio la creencia de que una raza se debilita en contacto con otra superior: fórmase, en tal caso un tipo de gran vigor é intenso poder evolutivo — como lo prueban múltiples ejemplos de americanos mestizos que han descollado en la milicia y en las letras—gracias á la adaptación al medio y la extraordinaria facultad de asimilación que caracterizan á la raza atrasada. La degeneración ó desaparición de los indígenas se deben á causas bien aje-

nas á la fusión, cual es la destrucción sistemática en ciertas colonias inglesas y en gran parte de América.

¿Por qué no han de resultar frutos hermosos y sanos del injerto de sangre europea en tronco indígena? En las otras especies, ¿no se procede así con excelentes resultados? En los vegetales, ¿no se utiliza el tronco indígena para injertar la variedad selecta?

La fusión de sangres es aquí complejísima, está librada al azar de las corrientes migratorias; todos los tipos del orbe entran en ella, algunos, por cierto, de medrada estampa y visible miseria fisiológica, otros con el estigma de una degeneración que aquí se detiene ó cura á expensas de la salud colectiva: ¿por qué la exclusión únicamente para el indio?

Si esta exclusión es una enorme injusticia, porque envuelve la negación de incuestionables derechos á concurrir á la nacionalidad, ha de tener castigo ya que existe una relación íntima, profunda, inevitable, entre las cosas morales y las materiales, que Dios ha establecido y Dios mantiene, aunque nuestros pobres ojos no la vean y nuestra débil razón pueda negarla.

¡Quién sabe la sangre indígena, sin piedad y á torrentes derramada desde ha siglos, qué misteriosas influencias no debería ejercitar en el organismo de estas colectividades! ¡Quién sabe qué funciones de preservación, de indemnidad, de renovación la estaban reservadas, por su prolongado contacto con la naturaleza! ¡Quién sabe no era ella la panacea prescripta para que la humanidad en el Nuevo Mundo, limpiando su cuerpo y su alma, recomenzara la marcha con el vigor del rejuvenecimiento!

***

¿Cuál es, en suma, la solución que la república, América, inspirada por su ejemplo, debe dar al problema del indio?

En el Perú, en Méjico, la densidad de la población indígena, acrece la importancia económica de la cuestión; pero intrínseca y moralmente, ella ha de interesar lo mismo al pensamiento americano de todos estos países.

No veo por qué valorará más el argentino las tierras ó las selvas, que los indios, ni por el lado del patriotismo, ni por la riqueza material.

¿No valen más los hombres que los árboles?

El erial ¿produce algo sin cultivo? ¿Porqué, entonces, no cultivar también al indio, cuyos frutos pueden ser más preciosos que el trigo y que las vigas de cedro y de lapacho?

Si la tala de los bosques en beneficio de unos pocos hombres, es una locura económica, pues se prepara con ella el trabajo de la deplantación para las generaciones venideras, ¡qué no será el exterminio de los aborígenes, buscado sin un día de arrepentimiento positivo!

Verdad que en algunos países existen—¡todavía! — indios en número apreciable; más en otros, ¡ya no los hay!; en otros, como en la Argentina, quedan unos millares arrinconados, que andan ocultándose, que molestan, cual restos insepultos del horrendo sacrificio!

¡Un poco más de silencio, de «tirotear» y de codicia, y la tierra los cubriría completamente!

Pero esta solución es demasiado feroz. No es posible aceptarla sin la apostasía del credo americano; sin salirse moralmente de las fronteras argentinas.

Demostrado, por la evidencia de los hechos, que las tribus aborígenes de la Argentina son al presente, y á despecho del furor homicida desencadenado sobre ellas, aptas para la coexistencia con la sociedad civilizada; que, ni remotamente, pueden constituir un peligro para esta nación organizada y poderosa; que, gracias á una política humanitaria, ellas darían obreros fecundos al progreso, á la patria, ciudadanos de arraigo; á la moral universal, hombres dignificados; surge la convicción de que el indio tiene mejor derecho que el in-

CEDINCI

migrante á la protección social, como primer ocupante del suelo, desposeído de sus bienes naturales, y de que la migración interna sería tan provechosa, por lo menos, como la inmigración.

Si el indio fronterizo es manso y laborioso, háganse á todos los indios fronterizos, y todos ellos serán ciudadanos útiles en la paz, ciudadanos abnegados en el caso improbable de una guerra, como lo fueron ya muchos de ellos en las jornadas heroicas de la independencia, luchando y muriendo con una bravura incomparable por esta misma patria que, con tardía gratitud, les ha de erigir después un monumento... Allá en su obscura conciencia, el infeliz tiene algo que es el patriotismo, aunque mil veces los que parecían mensajeros de la patria, los han acosado á tiros, como á los pumas y jaguares.

¿Cómo ha de ser una gloria militar la persecución y matanza de indios? Es, para mí, la antitesis de la gloria militar.

¿Cómo ha de ser cabal la beneficencia argentina, si no contempla y ampara á los indios? ¿Cuáles son los habitantes más pobres, más ignorantes, más dignos de piedad y de protección?... ¡Tantos asilos, tantas instituciones piadosas!... ¿Y todas aquellas manos de mendigos que se alzan á millares en el desierto y en las selvas, implorando la caridad de la república?

***

No es siquiera decoroso postergar el cumplimiento de tan sagrado deber, con la prolongación de una polémica ya demasiado larga y el análisis harto escrupuloso de los medios á emplear. Con menos parsimonia, se procedió á dictar leyes y á fundar instituciones de protección al animal, aunque el animal no recibió nunca en América el duro trato que ha merecido el indio, ni ha estado nunca como éste en peligro de ser exterminado... Haced que abrace al indio, con su dulzura inefable aquella plegaria antigua: «¡Puedan permanecer libres de dolores todos los seres vivientes!»

Dejemos á un lado tanta dialéctica, para que no se repita el caso de la junta de doctores, muy larga, muy laboriosa y muy inútil, porque cuando terminó ya se había muerto el enfermo. Lo esencial no son los medios, ni se excluyen entre sí. La colonización, la escuela, el riel, las misiones... todos son buenos medios. La solución no está en los programas, sino en los hechos; está en la dignificación del indio, en conquistarlo para la patria y la civilización.

El primer paso, es alejar de su espíritu el temor del blanco, el temor del soldado; ese espanto que tiembla en la América indígena desde los tiempos de los Cortés y los Pizarro.

Luego, dadles partes en la heredad, personería en los estrados de la justicia, luz porque están ciegos, amor, porque están doloridos del martirio más cruento y prolongado que conoce la historia.

Dictad una ley—que será la más hermosa y la más noble del código argentino—declarando á los indios hijos menores de la patria, colocados bajo su amparo y potestad, y que en tal concepto, tendrán de ella garantías en el trabajo, ropas para cubrir su desnudez, vigilancia higiénica y hospitalización, toda la ayuda material y moral que necesitan, hasta tanto salgan de la precaria y lastimosa situación en que los ha dejado la conquista y repoblación del territorio.

¿Cómo no se ha realizado esto todavía?

Deploro haber llegado tarde á la vida, para salvar las últimas tribus en mi patria; yo los hubiese amparado del asesinato á aquellos valientes ciegos, y esta obra me habría servido para pagar algo á Dios del beneficio que me da de iluminar mi espíritu.

Quisiera, pues, para la Argentina — la hermana predilecta de mi patria—la gloria de repudiar en los hechos toda solidaridad con las monstruosas crueldades de la conquista; la gloria de purificarse de esta herencia de culpa, y de impetrar la absolución de la posteridad para nuestra raza; la gloria de resarcir en bondadosa moneda de clemencia y de amor, una porción del inícuo despojo infligido al hombre americano; la gloria de dar al mundo un bello ejemplo de equidad con el débil, de regeneración por la cultura, de comprensión de la fraternidad, de acatamiento á las supremas leyes.

Acaso serían éstas sus más grandes conquistas en la presente centuria.

## América y los árboles

Actualmente se destruyen en América bosques inmensos, que nadie se preocupa de replantar. Tan brutal destrucción de lo que en sentido físico representa los pulmones de la tierra, merece de nuestra benevolencia juvenil el calificativo de «industria forestal». Una industria como la de los indios, cuando trocaban oro por vistosos collares de cuentas de vidrio. Hoy entregamos el oro de nuestros bosques, por el vidrio coloreado, tan bonito, de los derechos fiscales.

Prepáranse así sequías, plagas, angustias para lo porvenir. El desorden de la naturaleza impondrá un día la reposición de lo que se saquea ahora sin previsión y sin limitaciones, como botín de conquista.... ¡Legará el arrepentimiento! ¡Ya se inclinarán apesadumbrados nuestros nietos á replantar en el erial! ¡Pero nunca, por mucho que se afanen, reharán estas divinas arboledas que formó Dios, tan robustas é indemnes. Porque habrá pasado la oportunidad de hacerlo, borrados los radios propicios, cambiado el clima y extinguidas ó degeneradas las especies vegetales.

Y surgirán estos montes que nosotros hacemos, estos hospitales de árboles exóticos, enfermos y contrahechos; tristes remedos de la naturaleza mutilada, como los miembros artificiales en el cuerpo del hombre.

***

Acentuaría notablemente la cultura de América una legislación protectora del árbol.

Esta guerra á ese ser silencioso y benéfico es un desdoro para nuestra civilización.

A los cantos infantiles de la fiesta del árbol, responde el hacha con sus agrios ecos del fondo de los bosques, derribando los templos perfumados y sonoros, situados dentro del ritmo universal, sujetos á la influencia de los astros, ¡contesta el hacha, que

afea y empobrece nuestra América, que dilapida en horas el trabajo de siglos!

Del quebracho solamente, acero natural á flor de tierra, se abaten millones de árboles cada año; y no se planta uno. Cualquier bárbaro troncha una palmera de cinco siglos para comer «el cogollo».

Muchos, variados, abundantísimos bienes brinda la naturaleza americana; ¿qué furor incesante impulsa á matar nuestras divinidades?

Siega la codicia el bosque como la hoz el herbaje; huyen las aves que deleitan al hombre y defienden la naturaleza de las plagas; cesan las lluvias que rejuvenecían y fertilizaban todo con sus gotas eléctricas, despojada de un órgano esencial, la naturaleza queda enferma.

Bárbaros, ¿con qué compensaréis á nuestra América del mal que le causáis?

***

No es código completo el que no establece la declaración del derecho que tiene el árbol al respeto y á la propagación, como garantía del bienestar público y de la moralidad de las costumbres.

Los árboles purifican y fecundizan, no sólo el aire y la tierra; nuestro corazón también.

Apóstoles silenciosos, nos predican el bien, prodigándolo á cuanto se les acerca. Basta mirarlos, para sentir su dulzura; basta tocarlos, para sentir su paz. Ellos siempre nos están aconsejando.

Los malhechores tiemblan al oirlos como que murmuran en la noche. Tiemblan porque no oyen lo que dicen, y temen amenazas, como las del hombre. ¡Si entendiesen, serían buenos!

***

Amar el árbol es comprender la vida. La armonía, la belleza, la bondad fluyen de cada una de sus hojas mejor que de las del libro.

El ombú es toda la historia de la patria vieja; y la palmera, la del indio.

Además de filósofo, historiador y poeta—el supremo poeta de todas las alegrías, el que celebra las nupcias con sus estrofas de azahares, el que llora sobre las tumbas insondables é interminables elegías, —además es profeta. Contad los árboles de una nación y leeréis su porvenir. Nada valen, nada grande hay que esperar de los países sin abundancia de árboles.

Felices, fuertes y triunfadores son los pueblos que surgen en medio de los árboles, y gozan de la caricia de su sombra y de la terapéutica de su fruto.

¿Sabéis de dónde viene, si no es de sus bosques, esta fragancia virginal de América, que con fruición aspira el mundo?

¡Ay de América, si sus bosques desaparecen! En ellos está el secreto de su vitalidad exuberante, en ellos nace el soplo soberano que nos empuja al porvenir.

***

Los árboles impiden las cargas de caballería, dificultan el paso de los cañones y amparan al perseguido.

***

Si yo debiera juzgar un hombre, disminuiría la pena en relación al número de árboles que hubiese plantado. Y á más de uno lo sacaría de la cárcel y lo declararía benemérito de la patria.

Los presidiarios habrían de cultivar árboles, ganando el arrepentimiento y la absolución, en vez de cultivar vicios en la celda.

***

Vale más plantar árboles que estátuas, que no crecen, ni alimentan, ni abrigan, ni educan, como educan los árboles.

En las ciudades vemos muchos árboles maltratados. Es que en ellas existe una barbarie peor que el salvajismo. Y una delincuencia oficial que mata y mutila árboles, con pretextos de poda ó de ornamentación.

Cosas realmente bellas de Buenos Aires son estos árboles gigantescos de algunos paseos, orgullo de la ciudad, testimonio de su cultura, deleite del espíritu, defensa de la salud.

Intereso el generoso corazón de la sociedad en favor de esos seres grandes y buenos. Cualquier día los amenazará el prurito de la innovación, la racha de locura que abatió ya otros gigantes admirables, para trazar en su sitio garabatos de jardinería.

***

Enseñemos á los niños algo más que la fisiología de los árboles: enseñémosles á amarlos, puesto que ellos nos aman; á cuidarlos, puesto que ellos nos colman de beneficios, desde el nacimiento hasta la muerte, cuando las fibras del árbol envuelven nuestro cuerpo y es incompleto el sueño si el árbol no lo vela.

Induzcamos al hombre á defender y propagar el árbol.

Sea domeñada el hacha que destruye nuestros bosques, sin piedad, sin ley, sin miedo.

Que entre, que arrase y robe cuanto pueda la codicia... ¡pero que respete al menos nuestros bosques!

## Frases sueltas

—Siento cada vez más inclinación á hacer que á hablar. Voy perdiendo la fe en las palabras y en muchas otras vanas apariencias.

—La única literatura que me seduce es la que puede mejorar al hombre.

—El estudio de mí mismo constituye la gran tarea de mi espíritu. Mi libro preferido es mi existencia. Mi maestro, mi consejero es mi corazón. A él le presento mi pasado y mis propósitos: lentamente, como un filtro, él los depura, hasta hacerlos asimilables para mi espíritu.

—Sin trabajo no hay descanso. Terrible y largo es el trabajo de los ociosos para encontrar descanso.

—El cerebro piensa y preside; pero todos nuestros órganos deliberan y votan. Nuestra opinión depende del estado de cada uno de ellos.

—El problema de la vida consiste en convencerse de que lo que creemos difícil es fácil y que lo que creemos fácil, es lo difícil.

—El hombre no necesita alegrías; le basta con sentir la armonía de su ser dentro del universo. Ella es una dulzura continua para los sentidos.

—Casi siempre el adjetivo es el glóbulo blanco de la frase.

—Devolver mal por bien, es el mejor negocio que conozco.

—El asno vive; el hombre sueña ó delira.

—El que anda demasiado de prisa hará lo mismo inútilmente muchas veces; su vida será una repetición. Sólo puede hacerse un cierto número de cosas. Muchas existencias que parecen truncas, no lo han sido: lo que se suprimió fué la repetición.

—Palpo mis días y, con amargura, los siento vacíos. La acción, la simple acción, ¿justifica la vida? Una actividad al fin estéril es acaso peor que la inacción... ¡Qué triste es una existencia que suena á hueco! Y hacer ¡es tan difícil! Porque para hacer algo real, debe ser algo bueno, perdurable, con un bello fin previsto. La última finalidad de la acción es lo que me hace valorar una acción. Esa finalidad es lo único que puede excitar mis grandes energías.

—Ser hoy mejor que ayer, mañana mejor que hoy: este es el gran objeto de la vida. El tesoro moral que se acumula en toda la existencia es algo; algo que no puede diluir el agua que se filtra en un sepulcro, algo que no devoran los gusanos.

Constancio C. VIGIL.

## J. Speroni

**Speroni es un artista desconocido en nuestro mundo periodístico; un anónimo cultivador del arte, que conserva para sí sus producciones sin apresurarse en lanzarlas al juicio público — sabedor acaso de lo poco que éste se preocupa de aquellas manifestaciones que son, en nuestro ambiente, una nota extraña, que nada tiene de común con lo que generalmente se piensa y se siente.**

**IDEAS Y FIGURAS dá á conocer en este número al artista ignorado en Buenos Aires, que tan admirables aptitudes posee; y reserva para un número próximo, en que los versos de un gran poeta serán ilustrados en forma insuperable por Speroni, el juicio que su labor y su talento le merece.**

**Sirvan estas líneas de presentación.**

## Algunas ideas

Para la acción progresiva de un pueblo que contribuye á la propia elaboración histórica con la serena crítica de los hombres sucedidos en la obra paciente y constructiva en la medida de sus vidas y que en ella gritaron abiertamente, sus pensamientos y sus ideas rumiadas en los libros y en el cielo abierto de sus meditaciones introspectivas, son banderas que flotan y se agitan con la turbulencia propia de una huracanada revolucionaria. Los hombres en la historia, no pueden llegar nunca á ser símbolos, ni pueden arriarse como un pabellón cobijando á la muchedumbre que clamorea un nuevo devenir. A la naturaleza, que es madre y por ser madre, grande y buena no se engaña, ni en la Vida se llega á un más allá que no acompañe una fuerza orgánica y una tensión muscular. Hasta allí llegan los hombres: quedan las ideas que no necesitan músculos ni

armazones óseos para resistir al embate formidable del tiempo que marcha con solemnidad grandiosa como la Historia y como la Vida, cimentando nuevos prosélitos, evolucionando y revolucionando, trastornando algunas cabezas, serenando á otras, rompiendo la tranquilidad en la familia, en las clases, en los pueblos, en el mundo, levantando manos crispadas en nerviosa amenaza, manos piadosas en sacrosanta veneración... las ideas saltando de cerebro en cerebro como nidadas inquietas en busca de un nuevo hogar, traducidas en trabajos de grandiosa concepción en el taller silencioso de un sereno observador, fulminantes y devastadoras en la cabeza enferma de un místico soñador.

Los hombres-símbolos que llevan tras de sí la mesnada en pos de un ideal, no llegan á la cumbre de sus esfuerzos. Para que su obra sea perdurable á través del tiempo, debe ser positiva y debe ser de un practicismo que deje entrever un «irrealizable» para el presente y una obra segura á ejecutarse en el porvenir. Las palabras de Jesús ya no dicen... Sus ideas de esforzado pero de analfabeto, cayeron sobre muchos como palabras de un azul que recordaba el infinito espacio que coloreaba la comba inmensa que cobijaba su ámplia frente de místico y de rebelde. Las manos blancas de Jesús no escribieron la ley... la espalda blanca de Jesús no se cubrió con la blusa gloriosa... los ojos suaves de Jesús, no leyeron las tablas de Moisés... los oídos castos de Jesús no oyeron la oratoria tumultuosa de los bizarros campeones de la insipiente democracia ateniense ni romana que tramaba ya el secular problema... La rubia melena de Jesús avivada en su color por el sereno resplandor celeste de sus ojos de poeta, pudo ser admirada por las hordas que él acaudillaba; pero su faz blanca de abstinente sexual contraída por el dolor de la cobarde y última herida, cambió de súbito la admiración por un deplorable signo de piedad. Por eso Jesús es adorado aún después de veinte siglos, gacha la cabeza en contricta actitud y en plañideras cantilenas.

Erguido ante la muchedumbre como un gran signo que interrogaba al porvenir, gran psicólogo porque lo fué más que Sighele, suplia su gran ignorancia con modulaciones en la voz y posturas evangélicas. También Sarmiento daba un grito desesperante cuando quería acallar un deslizado error. Sarmiento que se lée, se comprende y se ama!...

En los feudos capitalistas que la moderna sociedad denomina «iglesias» guardan los clérigos al Jesús en la cruz, crucificado. No pudiendo presentar su obra, preséntanlo á la engañada multitud en postura miserable y dolorosa como implorando una eterna compasión. Por eso los niños sienten por él la piedad instintiva que expone la concepción lombrosiana de su innata delincuencia y por eso las mujeres guárdanlo en sus relicarios de amor, enamoradas. Los que combaten por una idealidad moderna nos muestran á Marx sonriente, colgando del cuello lustroso y sobre la pechera inmaculada el monóculo aristocrático y su obra de laborioso y pensador debajo del brazo, como un pedestal... Dante ciñendo un laurel, Colón llevando en la mano un mundo, Garibaldi en corcel guerrero, Mazzini en pensadora actitud, todos con la frente bien alta al resplandor del Sol y todos muertos en desierta proscripción ó en horrorosa soledad injustamente como un martirológio.

Nadie discutirá en la Historia del porvenir de la existencia de estos hombres como se ha dudado de la existencia de Jesús de Nazareth, como no se duda hoy de Homero ni del Píndaro. De sus vidas que en la vida eterna colectiva sólo marcan un número, quedan sus obras que marchan seguras con la edad y con el tiempo.

Explotada su figura, puesto al desnudo en todas partes, ridiculizado en los dramas teatrales, Jesús tiene en su haber, ser la primera víctima de un error judicial. Galileo fué ejecutado de acuerdo con la ley, por por eso quizas no se levantó el inmenso clamor que se levantara por el hijo de Galilea.

Los apóstoles de la iglesia, muchos doctores en derecho, no han reivindicado de acuerdo con la ley la inmensa injusticia cometida con el apóstol. Antes que presentarlo como un pobre visionario y por sus visiones muerto, bien hubiera sido reivindicar su grata memoria por la verdad de la justicia.

Deterministas, no aceptamos la separación poco noble de una división de la materia á lo ideal ó espiritual. Pensamos que en el trabajo rudo del obrero de las minas, al caer en nudosa contundencia el hacha inexorable, de la figura del personaje resulta la concepción ideal de un símbolo. Veo que, ciencia de relación, la psicología no admite división bipartita posible. Del *Soma* emana de su función vital una parte que escapa á toda morfología posible. Lo ideal y lo material pues, es cuestión de una feliz plétora de palabras en el lenguaje humano. En la lucha y en el trabajo, el *idealismo* que no es *espiritualismo*, debe estar como aspiración hácia la consecución de una finalidad lejana pero no imposible. El luchador y el trabajador debe ser como el mito *Pan*, los pies sobre la tierra, fecunda y benditamente productora por el esfuerzo y el sudor, la cabeza besando la frente en la tabla rasa del sereno azul... Vivir puestos los ojos sobre un libro que repite las mismas cosas desde hacen veinte siglos, levantados para forjar en mística devoción la concepción híbrida del que halla siempre en él, es vivir en vituperable holganza y es no tener derecho á levantar siquiera una voz en este hormiguero humano.

No mostrar la cualidad del sexo, manteniendo en forzada beatitud y encojida la cuerda viril, atrofiada por inercia, es hasta no corresponder con la artrítica condición de sus estómagos. Los hombres no engañan á la naturaleza: ni los que pretenden encerrar sus muertos fuera de la tierra grande, ni los que no contribuyen á sembrar y procrear, manteniendo en egoista y estéril estancamiento lo que ha de brotar pujante como un emblema de fecundidad.

Los que adoran y los que rezan en perjudicial inercia, los holgazanes que desde el púlpito que no admite réplica sin considerarse sacrilegio, incitan á los hombres á una tolerante mansedumbre que los hace vituperables y mezquinos, los que en abierta oposición al devenir progresivo de un mundo, entero el más pequeño pero en el cosmos marchando á la vanguardia, hacen creer en un paraiso celestial sin decirles y sin recordarles que la tierra también está topográficamente en el cielo como los astros y como los demás planetas, que no hay vida sin la vida mística que acepta resignada la voz del que no se vé, todos ellos impostores y falsearios deberán ir en procesión funeraria hácia el templo de la Luz para caer como Icaro en sus viajes al Sol...

Hay pues, que descolgar al Nazareno de los maderos en cruz. Hay que vestirlo á la moderna, tapar tan siquiera una vez su hermosa cabeza vírgen de la terminología científica del hoy histórico, aunque fuera con un modesto chambergo de artista latino y mostrarlo así al pueblo en actitud de redimir á los humildes y por los humildes ultrajado, maldecido, ajusticiado.

*Fernando de ANDREIS.*

## "Sangre nuestra"

Una feliz idea y un merecido tributo de justicia á la memoria del infortunado poeta Carlos Ortiz, inmolado un año ha «en aras del caudillismo rastrero, en aras de esa política gaucha que reverdece como un retoño de maldición en el árbol de la raza», según la frase lapidaria de Ghiraldo, ha sido la de «Ideas y Figuras» al lanzar á la publicidad este libro cálido de sinceridad, henchido de noble cólera vindicadora, palpitante de unción y de cariño.

Este libro es la voz polifónica del alma colectiva, lanzada hacia la posteridad por el más alto de los idealismos humanos, el de la justicia, bajo la rúbrica de honestísimos representantes de la cultura nacional.

El acto inaudito de mazorquerismo anacrónico, que tronchara en flor la existencia del poeta mártir, ha herido en todos los pechos nobles la misma cuerda sensible del corazón. Por eso, todos los sintetizadores del dolor, de la exasperación colectiva que, bajo la forma de la prosa viril ó la bien cincelada estrofa, han confeccionado para la historia este álbum que repercutirá dentro y fuera del país como un reto á la barbarie en nombre de la civilización, han templado su estro al mismo diapasón emocional y combativo.

El objeto de estas líneas no es, como pudiera suponerse, emitir una impresión crítico-literaria, que juzgo de todo punto de vista inoficiosa, en el presente caso. Estas líneas vienen á pagar, aunque tarde, mi parte correspondiente en la deuda pública que, frente al homicidio del poeta, contraían de hecho los escritores honrados del país.

Con la vehemencia que el hecho despertó en mi ser, en el que todas las células vibraron en una espasmódica conmoción de ira, había comprometido mi palabra con el autor principal del libro á añadir el testimonio de mi humilde afecto á la ofrenda común.

Y en qué circunstancias heroicas, de rara semejanza con el suceso trágico de Chivilcoy para los sindicados de herejía por la necia exasperación de las turbas inconscientes, hice á mi amigo Ghiraldo la promesa! Fué en los momentos en que la barbarie de la ciudad, el desbordamiento del fanatismo agresivo en un instante que debió ser apoteósico de gloria pero que fué apoteósico de ignominia para el país, invadía como una tromba funesta nuestra vida «republicana». Como la roca batida por los oleajes de la marea, destacábase la figura estóica y serena, pero en medio á su serenidad arrogante y soberana del poeta réprobo, autor de esta iniciativa, sobre cuya cabeza deshacíanse en espuma las cóleras inconscientes de las turbas enardecidas. También voces de muerte y de exterminio eran las que impregnaban cual miasmas del crímen nuestro ambiente de libertades políticas y de vida libre. Y bien, nadie más autorizado entonces, que este poeta de lucha, cuya vida batalladora y profícua es la mejor de sus epopeyas, para tributar honores póstumos que son para la canalla un anatema, á aquel otro bardo fraterno cuya vida fué de amor, de pensamiento y de trabajo.

Ese libro que nadie leerá sin proferir una imprecación ó sin regarlo con una lágrima furtiva, de esas que escapan de nuestros ojos cuando la angustia oprime el corazón, es, pues, un documento de inestimables méritos, porque, más que una corona fúnebre destinada á mantener latente el recuerdo del poeta mártir, es en su fondo la transubstanciación del proceso ético social de este momento histórico en la civilización argentina.

«Sangre Nuestra» es, desde ese punto de vista un libro singular, único.

Es un himno al talento. ¡Y es un apóstrofe inmortal á la barbarie!

*Julio R. BARCOS.*

(De «Mundo Argentino», Bs. As.).


NUMERO PROXIMO DE "IDEAS Y FIGURAS"

LA VIDA MARAVILLOSA DE LAFCADIO HEARN

SUMARIO:

I — Lafcadio Hearn — Nacimiento — Primeros años — En Inglaterra — En Francia.
II — Años de vagabundaje — En Norte America — Periodista.
III — En las Antillas — Su amor á lo raro — Estudios literarios.
IV — Sus obras.
V — En el Japón — Kokoro.
VI — Su muerte — El homenaje de la juventud japonesa — La rama de almendro.

por JUAN MAS Y PI

Prólogo de VICTOR DOMINGO SILVA — Dibuj. de ROJAS

# Pagará UNO por lo que vale CUATRO

## en la Gran Liquidación General

Nuestra casa está efectuando una GRAN LIQUIDACIÓN de artículos de invierno y de medio tiempo.

Esta GRAN LIQUIDACIÓN es verdaderamente excepcional: tenemos para LIQUIDAR un importe de mercaderías superior á 4.000.000 de pesos de lo cual no quedará un centavo aun cuando tuviéramos que regalarla.

La mercaderia que se LIQUIDA comprende todas las secciones de la casa y representa calidad de primer orden que garantizamos y artículos todos de última moda y buen gusto y todos prácticos y necesarios.

No sólo los particulares sino también los comerciantes tienen ocasión de hacer compras excepcionales.

**NO LIMITAMOS LA CANTIDAD EN NINGUN CASO**

### CRÉDITO á PAGAR EN 10 MESES

Desde $ 50 hasta $ 10.000 en las mismas condiciones de costumbre, sin interés, sin comisión, sin intermediarios y à los precios de la **GRAN LIQUIDACIÓN.** — Oficinas: Sarmiento, 562 (altos).

### VENTAS AL INTERIOR POR CARTA

A todos los pedidos que del interior nos llegen por carta mientras dure la **GRAN LIQUIDACIÓN,** haremos las rebajas consiguientes, ya sea enviando mercaderías de más valor ó en mayor cantidad ó poniendo á disposición del comprador el exceso que resultare.

# A. CABEZAS

Calle SARMIENTO 522 al 562 entre Florida y San Martin

BUENOS AIRES



Administración de IDEAS Y FIGURAS: SARMIENTO 2021-Bs. Aires ----- Número suelto: 20 centavos

Agencia en Montevideo: Zabala 200 A.